

PATRIA Y DESTIERRO EN LA POESÍA DE LUIS CERNUDA

Intento en este ensayo llegar a la comprensión de un tema de la poesía cernudiana, la patria y el destierro. Su expresión, desarrollo, significado, lugar en la obra general y relaciones con ésta. Ciertamente, no se trata de la voz dominante del conjunto; pero sí es una voz presente y activa. A través de ella, según mi hipótesis, no sólo expresó el poeta el tema directo de España y el destierro de 1938 sino que también la usó para comunicar otras preocupaciones (en concreto: la preocupación básica, su tema central, el amoroso). Y ambos usos de esta voz no se dan yuxtapuestos sino coordinados en una armonía superior, llegando a coincidir, alguna vez, en el mismo poema. Prueba, todo ello, de que la voz "patria/destierro" no es espuria sino auténtica. Y por ello merece nuestra atención.

Revisaré en orden cronológico los once libros de Cernuda (o las once secciones de su único libro, *La realidad y el Deseo*), rastreando este tema. Veremos cómo aún antes (desde el primer libro) de que Cernuda conozca el destierro político (del que son testimonio algunos poemas de "Las nubes") ya se había valido del tema como imagen para comunicar otro tipo de experiencias. Lo cual trae por consecuencia que cuando el destierro suceda al hombre Cernuda, el poeta ya esté preparado (ironía del arte) y predispuesto para tratar esa experiencia en su obra y volverla poesía.

En varias de las "Primeras poesías" (1924-27), originalmente llamadas "Perfil del aire", ya está prefigurado el tema y su posición central. La tierra (representada por los "muros", símbolo de toda realidad limitadora) es una árida realidad de soledad y desamor; el poeta pretende abolir ese presente partiendo en busca de otro país (que siempre, fatalmente, está en el futuro), el país del deseo: el ser amado:

Mas no quiero estos muros,
Aire infiel a sí mismo,
Ni esas ramas que cantan

En el aire dormido
Quiero como horizonte
 Para mi muda gloria
Tus brazos, que ciñendo
 Mi vida la deshojan.

(Poema VII)¹

Ya está presente, pues, en este primer libro de Cernuda el malestar respecto a la tierra en que se encuentra y el ansia de arribar a su patria íntima, aquella en que el deseo se cumpla.

Sin detenernos en "Égloga, Elegía, Oda", puesto que presenta poco interés para nosotros, pasemos a "Un río, un amor" de 1929. En "Destierro" el poeta identifica su condición existencial con la de los desterrados y se autonombra un desterrado espiritual: "Todos acaso duermen, / mientras él lleva su destino a solas". En "Como el viento" se vale del viento con igual intención: "Como él mismo extranjero, / como el viento huyo lejos"². Es la búsqueda de esa tierra prometida (autoprometida) lo que lo impulsa a dejar la tierra real y lo que le da fuerzas en el "destierro". La estrofa final de "No sé qué nombre darle en mis sueños" coincide con los versos citados de "Primeras poesías":

Si mis ojos se cierran es para hallarte en sueños,
 Detrás de la cabeza,
 Detrás del mundo esclavizado,
En ese país perdido
 Que un día abandonamos sin saberlo.

Aunque en "Los placeres prohibidos" (1931) se debilitan las referencias directas (aquí se hace casi exclusiva la voz dominante, la amorosa), continúan las alusiones que mantienen la unidad del pensamiento. Si los cuerpos de los amantes "sólo piensan en el deseo", el poeta Cernuda hace otro tanto respecto a su obra. Está viviendo, por ahora, en el territorio mágico que

¹ Los subrayados, en éste como en los demás poemas, son míos.

² Encontramos, además, otra presencia que se desarrollará plenamente en poemas posteriores. Me refiero a la oposición entre el ser individualista y hasta antisocial del poeta y una multitud anónima de compatriotas menospreciados por Cernuda. Esa multitud está en el "Todos acaso duermen" ya citado de "Destierro" y más extensamente a todo lo largo del irónico "¿Son todos felices?". Son los otros españoles, los que viven la realidad sin deseo, la patria sin la aventura del destierro.

buscara desde sus "Primeras poesías". Atrás están, aunque momentáneamente, los muros que lo cercan. Es natural que ante el amor la patria pierda importancia: "El país es un nombre", y sólo eso.

En "Donde habite el olvido" (1932-33) se interiorizan las imágenes (sobre todo la del muro) con que el poeta significa la patria. Con ello se gana en efectividad y hondura; ahora los límites en cada ser humano y dentro de ellos (solipsismo expresado espacialmente). Esto es evidente en el poema XV:

El invisible muro
 Entre los brazos todos,
 Entre los cuerpos todos,
 Islas de maldad irrisoria.
 No hay besos, sino losas;
 No hay amor, sino losas
 Tantas veces medidas por el paso
 Febril del prisionero.

Se maneja el tema con mayor ductilidad y se extrae de él, así, más riqueza. El poeta ya ha desarrollado hasta afianzar la imagen del amante solitario como la de un desterrado espiritual del "lugar" al que él pertenece: el paraíso del amor (explorando la vena que ofrece el mito cristiano del paraíso perdido). El poeta ve al amante "Como un ángel que arrojan/ De aquel edén nativo". Nótese también la persistencia del conflicto entre la individualidad del amante y los anónimos miembros de esa multitud hosca que lo agrede; ellos lo "arrojan" del "edén nativo", son el símbolo de la realidad que lucha contra su deseo.

Es importante, también, para nuestros propósitos, el poema XI. Es el primero dedicado a la posibilidad del regreso del "desterrado". El poeta se reencuentra después de gozar los "placeres prohibidos"; es el tiempo, ya, de *regresar* al lugar de su dicha, de *recordarla*. Sin embargo, Cernuda no es un poeta del recuerdo (aunque en algún momento posterior tendrá que recordar, bien que fatalmente), no le interesa intentar revivir la felicidad vivida:

No quiero recordar
 Un instante feliz entre tormentos;
 Goce o pena, es igual,
 Todo es triste al volver.

El pasado son cadenas que le impiden aventurarse a satisfacer nuevos deseos (o mejor dicho, satisfacer de nuevo el viejo deseo):

No, no quisiera volver,
Sino morir aún más,
Arrancar una sombra,
Olvidar un olvido.

En esta poesía, como en tantas otras, se unen "pasado" con "patria vieja" en un signo afectivo negativo. Recordemos que todo esto es un recurso, un ardid del Cernuda poeta, de su imaginación. Pero años después el español Luis Cernuda tomaría pareja actitud política, al sucumbir la República. Ambos son un solo hombre, el poeta había preparado al hombre político; había "pre-visto" la situación a raíz de la Guerra Civil y la respuesta que daría él mismo; profecía poética, palabra dadora de verdad.

"Invocaciones" ("A las gracias del Mundo", según reza la edición de 1935) nos muestra, otra vez, al poeta inconforme con su país real. Evidentemente ese país pertenece a la "realidad" detestada y no al huidizo, ansiado deseo. En "Por unos tulipanes amarillos" encontramos, de nuevo, al poeta descubriendo la posibilidad del amor. La cual se manifiesta, como en otros poemas, en la figura angélica del amado, el "rubio mensajero" "de un remoto clima celeste" (el país espiritual del Cernuda-amante) que deja, tan sólo, al joven poeta "unos densos tulipanes amarillos" como muestra de lo que él tendrá que buscar siempre, ya fuera de su país, desterrado, peregrino ilusionado en busca del amado y del "edén nativo".

Las fechas de "Las nubes" son 1937-1940. El poeta se había ya desterrado voluntariamente y, por ello, es esperable, entonces, que el tema que venimos estudiando adquiriera gran relevancia; ahora no sólo es el destierro una imagen para mejor expresar la peculiar concepción amorosa del autor, sino que se vuelve verdad en el más estricto sentido de la palabra. Cernuda antes era un "desterrado", ahora es un desterrado (sin dejar de ser un "desterrado"). Tampoco ha de extrañar que 10 de los 31 poemas del libro estén centrados en este tema, y que los demás tengan alguna alusión.

En su dolido "Elegía española (I)" hay un nuevo y curioso aporte enriquecedor: "España" es una patria esencial más allá de la destrucción de la guerra fratricida. En un primer plano

están los hombres y sus luchas estériles (Cernuda no advierte el lado positivo que se puede extraer de las guerras), pero, sobre él, está la España esencial con la que se une el poeta, doliéndole y odiando la destructibilidad humana:

Si con dolor el alma se ha templado, es invencible;
 Pero, como el amor, debe el dolor ser mudo:
 No lo digáis, sufridlo en esperanza. Así este pueblo iluso
 Agonizará antes, presa ya de la muerte,
Y vedle luego abierto, rosa eterna en los mares.

Y solamente a partir de esta España esencial, como la he llamado, se puede entender que Cernuda, el desterrado por excelencia, se sienta "atado" a un país; sin embargo, precisemos, puesto que es un país espiritual acorde a la intimidad del poeta, más que "atado" Cernuda está "unido":

Nada altera entre tú, mi tierra, y yo,
 Pobre palabra tuya, el invisible
 Fluir de los recuerdos, sustentando
 Almas con la verdad de tu alma pura.

Esa España, en la que cree, de la que es nativo, está más allá de "el ala de la muerte" y de los combatientes "que en la sombra suscitaron/ La guerra, resguardados en la sombra":

Tú en silencio,
 Tierra, pasión única mía, lloras
 Tu soledad, tu pena y tu vergüenza.
 ("Elegía Española (II)").

Cernuda sólo puede amar esa España esencial (como también es patria esencial el "edén nativo" donde satisfizo, una vez, su amor)³; y sólo esa España le hace escribir versos tan conmovedores como:

Tú nada más, fuerte torre en ruinas,
 Puedes poblar mi soledad humana,
 Y esta ausencia de todo en ti se duerme.
 Tu luz sobre mi pecho hasta la muerte,
 Única gloria cierta que aún deseo.
 Deja tu aire ir sobre mi frente,

³ Ambas patrias se resuelven, más adelante, en una unidad superior que las engloba.

Si olvidáramos esto, nos encontraríamos con una contradicción que amenazaría la coherencia de la obra. Pero es que en Cernuda (y el punto que ahora trato es el central en el desarrollo del tema, su cimiento más profundo) hay dos "patrias": por un lado, aquélla que es recuerdo y esperanza (pero nunca o muy raramente presente) de la plenitud de vida y es acorde con su ser íntimo. Esta patria espiritual tiene una doble vertiente: "edén nativo" o realización posible del deseo y España esencial que es la "Tierra, pasión única mía". Por el otro lado, está la "otra" patria, marcada negativamente por la afección del poeta. Es aquélla en la que no puede cumplir su deseo amoroso y en la que se siente apresado; es, también, el "loco país" tomado por "mercaderes e histriones", la España franquista que lo desterró y a la que nunca volvió. Insistiendo en este punto (para mí capital por su repercusión en el resto de la obra), precisemos que es del primero de estos dos "países" bivalentes que Cernuda es arrojado y desterrado ("Un destierro más vasto con la muerte"). Aunque más que país se trata de región celeste imposible de hallar en la tierra (el "Deseo" nunca es la "Realidad"), aunque el poeta lo intente ("Levantados de naipes, / Uno tras otro iban cayendo mis pobres paraísos"). Pero sabe que no puede volver ("Vano sería dolerse del trabajo, la casa, los amigos perdidos / En aquel gran negocio demoníaco de la guerra"), pues el único "país" que ofrece efectivamente la posibilidad del retorno es el otro, el corrupto, el de "la ciudad alzada para su orgullo por el rico". A su país original no le corresponde un volver sino un ir⁴.

En "Impresión de destierro" coinciden los dos destierros, la patria despreciada en su doble abyección. Hay cansancio y amargura por no estar en el lugar donde existe el deseo y su cumplimiento; por ello estar en Inglaterra (a pesar del lenitivo que significa no estar en la España "de mercaderes y de histriones") no es una solución, falta "media" patria. El recuerdo de la España perdida aumenta la tristeza ya que ahora sólo existe "la otra" España: "¿España?", dijo. 'Un nombre / España ha muerto'. La fusión de los dos conceptos, España esencial-"edén nativo", da su dramatismo a "Un español habla

⁴ También sabemos, claro, que es del país del que huye siempre como del mayor mal. Desde 1938, Cernuda pasa de la Gran Bretaña a los Estados Unidos y a México sin desear el regreso (aunque, de algún modo, lleve la miseria dentro, "trájeme a mí conmigo", dijo Juana Ramírez).

de su tierra” y es ella la que permite la lectura total. Cernuda habla de las dos cosas al mismo tiempo con las mismas palabras porque a fin de cuentas son una sola presencia en el pensamiento (y en la palabra) de su poesía:

Ellos, los vencedores
 Caínes sempiternos,
 De todo me arrancaron.
 Me dejan el destierro [...]
 Contigo solo estaba,
 En ti sola creyendo;
 Pensar tu nombre ahora
 Envenena mis sueños⁵.

“Como quien espera el alba” (1941-44) reúne poemas más reposados. El poeta ya pasó, en este libro, la primera fase de su experiencia de destierro, acaso la más dolorosa. Cernuda vive ahora en Inglaterra, donde es catedrático; el alejamiento de la realidad española le trae relativa calma. Puede empezar a recordar, es fatal recordar lo vivido (a pesar, como ya dijimos, del menosprecio de Cernuda por este acto). Leemos en “Tierra Nativa”:

Todo vuelve otra vez vivo a la mente,
 Irreparable ya con el andar del tiempo,
 Y su recuerdo ahora me traspasa
 El pecho tal puñal fino y seguro.

Nótese, en esta estrofa, la plena existencia del recuerdo como algo vivo (primer verso), el cambio o corrupción que impone el tiempo (segundo verso) y el dolor que este carácter doble del recuerdo impone (tercero y cuarto versos). Una madurez distinta del fragor de los poemas del 37 al 40. Cernuda se vale, asimismo, como en otras ocasiones, de esa España perdida para simbolizar todo lo que ansía con fervor, el deseo de los placeres prohibidos, y que su realidad le niega (“Tu sueño y tu re-

⁵ En “El ruiseñor sobre la piedra”, poema que cierra el libro, se da una explicación satisfactoria (de acuerdo a la lógica interna a la obra poética) de por qué Cernuda ama esa España: “[...] me sentí a solas con mi tierra,/ Y la amé, porque algo debe amarse/ Mientras dura la vida”. Y, en espléndida armonía de semántica poética e historia, revela a sus lectores cómo el destierro del 38 corresponde perfectamente a tal lógica y resulta necesario, ineludible “Pero en la vida todo/ Huye cuando el amor quiere fijarlo./ Así también mi tierra la he perdido”.

cuerto, ¿quién lo olvida,/ Tierra nativa, más mía cuanto más lejana?"). La situación es, pues, de oscuridad y dolor presente, pero significativamente el libro se titula "Como quien espera el alba". Quizá porque, a pesar del pesimismo de Cernuda (poeta en quien la dicha es un intensísimo momento de placer pagado con una eternidad de "dolor sin olvido"), en todo autor hay una fe escondida, tanto en la vida como en la palabra poética. Y una felicidad por esa otra alba, la poesía creada.

El poeta es un hombre que nunca deja de sentir. Ya sea placer o dolor, siempre experimenta la vida desde la piel hasta el alma. Nunca puede dejar totalmente concluida una etapa de su vida. Así, para Cernuda, el no poder regresar a la patria (a su doble patria espiritual), el destierro prolongado y el saber a España dominada por los más ruines lo hacen odiar la España real. En "Vivir sin estar viviendo" (1944-49), predomina la "patria negativa" (con sus dos faces) a la que ya me referí al ocuparme de "Las nubes". En "Ser de Sansueña" habla Cernuda de esta España:

Es ella, la madrastra
Original de tantos, como tú, dolidos
De ella y por ella dolientes.
Es la tierra imposible, que a su imagen te hizo
Para de sí arrojarte.

Pero en diálogo consigo mismo (Cernuda podrá ser un sacerdote de pasiones prohibidas, un voluntario "poète maudit", pero es honrado en su pensamiento), reconoce "Tú compatriota,/ Bien que ello te repugne, de su fauna". Toda esta situación y su reacción se concentra en los rotundos versos finales:

Hoy la vida morimos
En ajeno rincón. Y mientras tanto
Los gusanos, de ella y su ruina irreparable,
Crecen, prosperan.
Vivir para ver esto.
Vivir para ser esto.

En "Viendo volver", Cernuda cierra, por fin, el conflicto del regreso o no regreso. Asocia, como en casos anteriores, una dimensión del tiempo y una del espacio para forjar la imagen del imposible retorno, de lo irrecuperable: el pasado y la tierra

vieja. Tal vez podría regresar al viejo país, España, pero ¿para qué, si la España que encontraría (la de Franco) sería muy otra de la que abandonó (la republicana)? Eso no sería una vuelta sino un nuevo ir. Aunque quisiera, no podría regresar, con lo que se da la última vuelta de tuerca a este problema: "irreparable todo / Ya, y perdido, o ganado/ Acaso, quién lo sabe".

Si nos remitimos a la biografía de Cernuda comprobamos la armonía en las actitudes del poeta y del hombre político. Como lo traslucen sus poesías, Cernuda nunca regresó a España, al contrario, en 1947 (año en que trabajaba "Viendo volver") se alejó aún más: de Inglaterra pasó al continente americano (Estados Unidos). Y, siguiendo todavía con esta libertad que nos permite aludir a su biografía, podemos conjeturar que la amargura de algunos poemas de "Vivir sin estar viviendo" (que no sólo se refiere a España sino que implica su ser entero) se debe a que gran parte del tiempo dedicado a su escritura el poeta estaba en Escocia, país que siempre le desagradó profundamente.

En "Con las horas contadas" (1950-56), la distancia y el tiempo que hay entre él y su España son ya muy grandes. La palabra de Cernuda, a este respecto, ya está en reposo. No sólo perdió su patria definitivamente sino que ya no ampara (y esto último ya no le duele) ni siquiera la esperanza del regreso ("Tu tierra está perdida/ Para ti, y hasta olvidas,/ Por cerrada, la herida"). Él mismo se pregunta, en este poema de autointerpelación y estado de cuentas ("Pasatiempo"), qué le queda después de todo lo vivido y pasado, cuáles son los proyectos, cuál su cuidado. Se responde:

De algún azar espera
Que un cuerpo joven sea
Pretexto en tu existencia.
Acaso el amor puede
Tener aquellos seres
Que todo marco exceden.

Lo cual viene a cerrar el periplo (ya tuvo la aventura "España") y se encuentra, como el primer Cernuda, ansiando por toda patria el ser amado:

Quiero como horizonte
Para mi muda gloria

Tus brazos, que ciñendo
Mi vida la deshojan.

Vivo un solo deseo,
Un afán claro, unánime;
Afán de amor y olvido.
Yo no sé si alguien cae.

Estos versos pertenecen al primer libro de Cernuda que apareció en el 27. Y esto hace verdadera la profecía poética del Cernuda intermedio, el de "Donde habite el olvido":

Cuando la muerte quiera
Una verdad quitar de entre mis manos,
Las hallará vacías, como en la adolescencia
Ardientes de deseo, tendidas hacia el aire.

A partir de esta situación Cernuda puede cantar las virtudes que su tierra le ha insuflado (en el poema "País"), y su mayor alegría ("El viajero") es partir a lo nuevo, puesto que partir es salir en busca de la satisfacción del deseo, lo cual, en ocasiones, se logra con plenitud: "Tu sueño al fin coincide/ Con tu verdad". Este cumplimiento del deseo se logra (con brevedad e intensidad mayúsculas, de acuerdo al pensamiento cernudiano) en la colección de "Poemas para un cuerpo" de este mismo libro. Dicha total donde de nuevo, y de acuerdo a nuestra teoría:

¿Mi tierra?
Mi tierra eres tú.
¿Mi gente?
Mi gente eres tú.
El destierro y la muerte
Para mí están adonde
No estés tú.
¿Y mi vida?
Dime, mi vida,
¿Qué es, si no eres tú?

"Desolación de la Quimera" (1956-62) es el libro de edición póstuma en que Cernuda continúa su posición de ciclo ya completado (cuyo álgido punto fueran los poemas de "Las nubes"). La primera parte del "Díptico español" responde a lectores y críticos que oyeron sólo o principalmente la voz de la patria

en Cernuda (la que ahora nos ocupa, si no por principal —que nunca lo hemos dicho— sí por ser una de las efectivamente actuantes). Junto a esa voz, nos dice, hay otras y ésta bien pudiera ser “la más remota”. Reitera, además, su aversión a la España real, la de “enemigos enconados de la vida”, la de “un pueblo sin razón”. En una estrofa admirable resume esta cuestión, que aparece también en otros poemas a lo largo de toda su obra:

Soy español sin ganas
 Que vive como puede bien lejos de su tierra
Sin pesar ni nostalgia. He aprendido
 El oficio de hombre duramente,
 Por eso en él puse mi fe. Tanto que prefiero
No volver a una tierra cuya fe, si una tiene, dejó de ser
la mía,
 Cuyas maneras rara vez me fueron propias,
 Cuyo recuerdo tan hostil se me ha vuelto
Y de la cual ausencia y tiempo me extrañaron.

En la segunda parte del díptico, da constancia de la España que ama, la que siente suya, la España esencial:

La que Galdós a conocer te diese,
 Como él tolerante de lealtad contraria,
 Según la tradición generosa de Cervantes,
 Heroica viviendo, heroica luchando
 Por el futuro que era el suyo,
 No el siniestro pasado donde a la otra han vuelto.

Así, este poema se realiza a satisfacción como “díptico”; contiene las dos faces que desde los primeros poemas hemos venido reconociendo en su relación con la patria, con España (y que encuentra lugar en un “díptico” más extenso: “La Realidad y el Deseo”). Los otros dos poemas centrados sobre este tema (“1936”, “A mis paisanos”) dan cuenta de una u otra España, mostrando la complejidad interna a la que aluden. “1936” es el feliz, agradecido canto a un extranjero que luchó por la República. No importa tanto el fracaso sino el hecho de haber luchado por la España esencial momentáneamente encarnada en la República.

El último poema que escribe Cernuda (prueba de que esto no le era tan indiferente) es una nueva respuesta “A sus pai-

sanos" por el malentendido que ha durado, ya, 25 años. Revela la irredimible incomunicación entre los habitantes de la España física y hostil, y él, habitante de la espiritual, aunque en ese momento corrupta. Incluso lamenta la existencia del mínimo lazo y hasta la comunidad de lengua ("En hora mala fuera vuestra lengua/ La mía, la que hablo, la que escribo"). Da cuenta, en este poema final, de otras cosas: los escasos "amigos —que— tengo aún entre vosotros". Pero, sobre todo, el hecho de que esta prolongada, tortuosa relación (como todo proceso en que el tiempo participa) ha borrado fatalmente su primitiva ternura "confiada, apacible, de otros días". Y el que esa ternura (que implica al ser entero de Cernuda y su poesía) sea transformada por la relación con España, es prueba suficiente de que la voz en que ello se expresa no es nada baladí. Es una de las voces esenciales de Cernuda y sirvió no sólo para expresar su tema directo, el destierro político voluntario de 1938, sino para otros temas íntimos y vitales de Cernuda: la tierra como España y como su "edén nativo" (patria del amante), y el destierro como el dolido yacer fuera de ellas.

ALBERTO PAREDES ZEPEDA

Facultad de Filosofía y Letras.